

LOS
CUENTOS
DE
BEEDLE
EL
BARDO



SERIE HARRY POTTER

Harry Potter y la piedra filosofal
Harry Potter y la cámara secreta
Harry Potter y el prisionero de Azkaban
Harry Potter y el cáliz de fuego
Harry Potter y la Orden del Fénix
Harry Potter y el misterio del príncipe
Harry Potter y las Reliquias de la Muerte

EDICIONES ILUSTRADAS

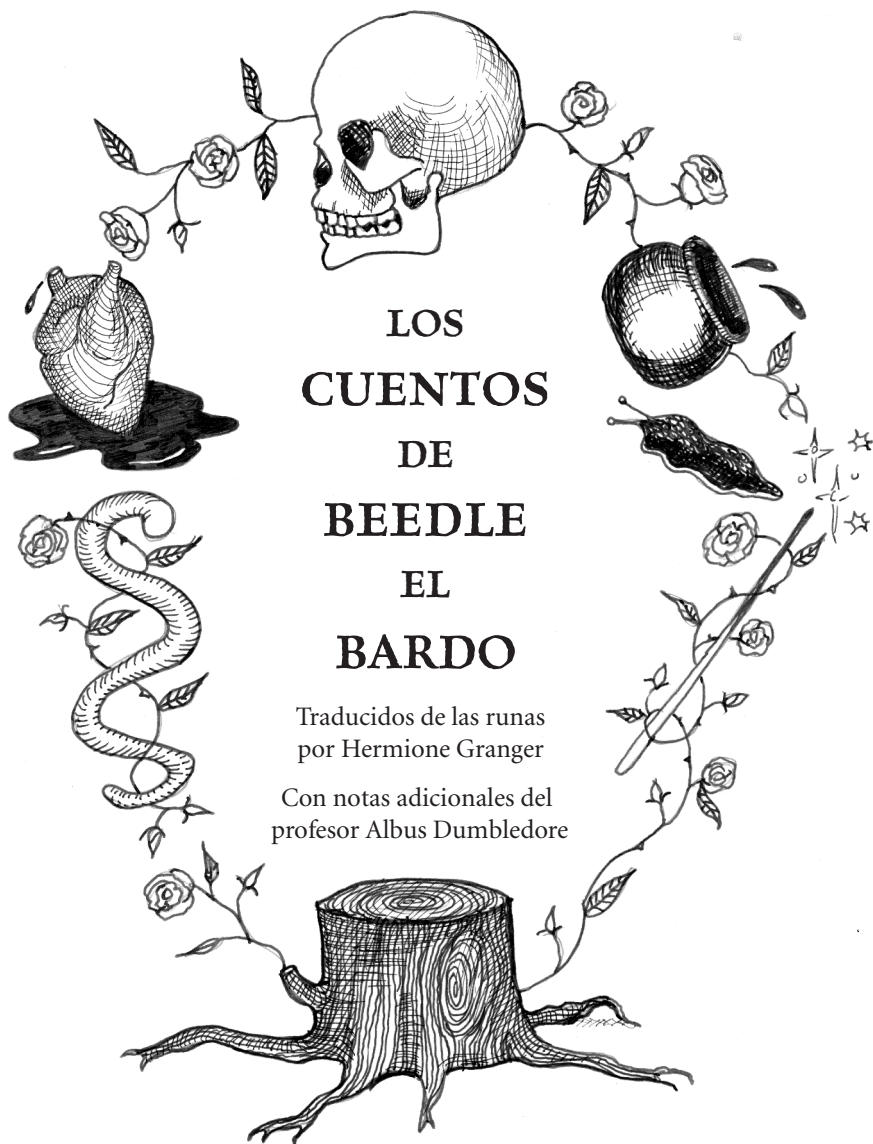
Por Jim Kay

Harry Potter y la piedra filosofal
Harry Potter y la cámara secreta

LIBROS COMPLEMENTARIOS

Animales fantásticos y dónde encontrarlos
Quidditch a través de los tiempos
(Publicados a beneficio de Comic Relief y Lumos)

Los cuentos de Beedle el Bardo
(Publicado a beneficio de Lumos)



Título original: *The Tales of Beedle the Bard*

Traducción: Gemma Rovira Ortega

Ilustración y diseño de la cubierta: Headcase Design © Scholastic Inc., 2017
Reprinted by permission.

Copyright del texto y las ilustraciones interiores © J.K. Rowling 2007/2008
Publicado por Lumos en colaboración con Ediciones Salamandra

J.K. Rowling has asserted her moral rights.

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2008 por Lumos
(anteriormente The Children's High Level Group), Gredley House, 1-11 Broadway,
London EC1V 0AU, en asociación con Bloomsbury Publishing Plc.

Lumos y su logo así como otros logos asociados son marcas registradas por Lumos Foundation.

Lumos es el nombre con el que opera Lumos Foundation (a company limited by guarantee)
en Reino Unido, registrada en Inglaterra y Gales con el número 5611912,
y como institución benéfica con el número 1112575.
www.wearelumos.org

Harry Potter characters, names and related indicia are
trademarks of and © Warner Bros. Entertainment Inc.
s17

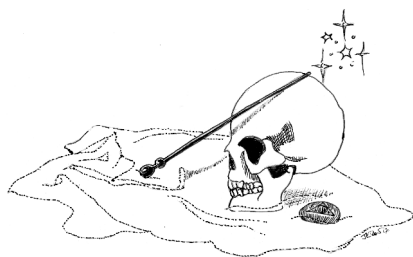
Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-793-3
Depósito legal: B-4.194-2017

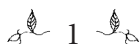
1ª edición, marzo de 2017
Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

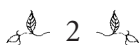




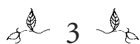
Introducción 11



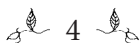
EL MAGO Y EL CAZO SALTARÍN 21



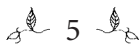
LA FUENTE DE LA BUENA FORTUNA 39



EL CORAZÓN PELUDO DEL BRUJO 59



BABBITTY RABBITTY Y SU CEPA CARCAJEANTE 75



LA FÁBULA DE LOS TRES HERMANOS 97

*Mensaje de Georgette Mulheir,
presidenta de Lumos* 115



Introducción

Cuentos de Beedle el Bardo es una colección de relatos infantiles para magos y brujas. Se trata de historias muy populares desde hace siglos; para muchos alumnos de Hogwarts, «El cazo saltarín» y «La fuente de la buena fortuna» son tan familiares como «La Cenicienta» y «La Bella Durmiente» para los niños muggles (no mágicos).

Las historias de Beedle se parecen a nuestros cuentos de hadas en muchos aspectos. Por ejemplo, la virtud a menudo tiene recompensa; y la maldad, castigo. Sin embargo, hay una marcada diferencia. En los cuentos de hadas de los muggles, la magia suele ser la causa de los problemas del héroe o la heroína: la bruja malvada ha envenenado la manzana, ha sumido a la princesa en un sueño de cien años o



ha convertido al príncipe en una bestia espantosa. En los *Cuentos de Beedle el Bardo*, en cambio, los héroes y heroínas saben hacer magia, pero aun así les resulta tan difícil como a nosotros resolver sus problemas. Las historias de Beedle han ayudado a muchas generaciones de padres magos a explicar a sus hijos esta dolorosa realidad: que la magia, además de solucionar problemas, también los ocasiona.

Otra diferencia destacada entre esas fábulas y sus equivalentes muggles es que, a la hora de buscar la fortuna, las brujas de Beedle son mucho más diligentes que las heroínas de nuestros cuentos de hadas. Asha, Altheda, Amata y Babbitty Rabbitty son brujas que se encargan personalmente de perseguir su destino, en lugar de echarse una larga siesta o esperar a que alguien les devuelva el zapato que han perdido. La excepción a esta regla —la doncella sin nombre de «El corazón peludo del brujo»— observa un comportamiento más parecido al de las princesas de nuestros cuentos infantiles, pero el relato no concluye con ningún «y comieron perdices».

Beedle el Bardo vivió en el siglo XV y gran parte de su vida está rodeada de misterio. Sabemos que





nació en Yorkshire, y el único grabado suyo que se conserva revela que lucía una barba hermosa y abundante. Si sus historias reflejan fielmente sus opiniones, simpatizaba bastante con los muggles, a los que no consideraba malvados sino sólo ignorantes. Desconfiaba de la magia oscura, y creía que los peores excesos de la raza mágica provenían de rasgos tan humanos como la crueldad, la apatía o el uso arrogante de sus habilidades. Los héroes y heroínas que triunfan en sus historias no son los que poseen la magia más poderosa, sino los que demuestran mayor bondad, mayor sentido común y mayor ingenio.

Un mago de nuestro tiempo que tenía unas opiniones muy parecidas a las suyas era, por supuesto, el profesor Albus Percival Wulfric Brian Dumbledore, Orden de Merlín (Primera Clase), director del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, Jefe Supremo de la Confederación Internacional de Magos y Jefe de Magos del Wizengamot. Pese a esa similitud de puntos de vista, supuso una sorpresa descubrir una serie de notas sobre los *Cuentos de Beedle el Bardo* entre los numerosos papeles que Dumbledo-





re legó en su testamento a los Archivos de Hogwarts. Nunca sabremos si esos comentarios los escribió para su propia satisfacción o con intención de publicarlos; con todo, la profesora Minerva McGonagall, actual directora de Hogwarts, ha tenido la deferencia de permitirnos imprimir las notas del profesor Dumbledore junto a la nueva traducción de los cuentos, obra de Hermione Granger. Esperamos que los comentarios del profesor Dumbledore, que incluyen observaciones sobre la historia del mundo mágico, recuerdos personales e información esclarecedora acerca de los elementos clave de cada historia, contribuyan a que una nueva generación de lectores, tanto magos como muggles, entienda mejor los *Cuentos de Beedle el Bardo*. Todos cuantos lo conocimos personalmente creemos que al profesor Dumbledore le habría encantado prestar su apoyo a este proyecto, dado que todos los *royalties* se donarán a Lumos, una organización benéfica que trabaja para ayudar a niños que necesitan que alguien hable por ellos.

Permitidme un pequeño comentario adicional sobre las notas del profesor. Según nuestros cálcu-





los, Dumbledore las terminó un año y medio antes de los trágicos sucesos acaecidos en lo alto de la torre de Astronomía de Hogwarts. Quienes estén familiarizados con la historia de la guerra mágica más reciente (entre ellos, los lectores de los siete volúmenes de la vida de Harry Potter) repararán en que el profesor Dumbledore no revela todo cuanto sabe —o sospecha— acerca de la última historia de este libro. La razón de esas omisiones quizá se encuentre en lo que, hace muchos años, le dijo sobre la verdad a su alumno favorito y más famoso:

Es una cosa terrible y hermosa, y por lo tanto debe ser tratada con gran cuidado.

Tanto si estamos de acuerdo con él como si no, quizá podamos disculpar a Dumbledore por querer proteger a los futuros lectores de las tentaciones a que él mismo había sucumbido, y por las que pagó tan alto precio.

J. K. Rowling, 2008

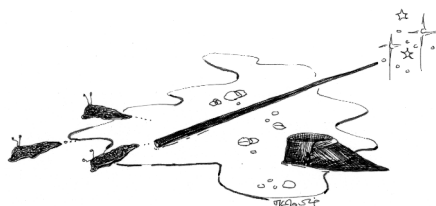


Acerca de las notas a pie de página

Dado que el profesor Dumbledore escribía para un público mágico, he incluido algunas notas aclaratorias pensando en los lectores muggles.

JKR





EL MAGO Y EL CAZO SALTARÍN

Había una vez un anciano y bondadoso mago que empleaba la magia con generosidad y sabiduría en beneficio de sus vecinos. Como no quería revelar la verdadera fuente de su poder, fingía que sus pociones, encantamientos y antídotos salían ya preparados del pequeño caldero que él llamaba su «cazo de la suerte». Llegaba gente desde muy lejos para exponerle sus problemas, y el mago nunca tenía inconveniente en remover un poco su cazo y arreglar las cosas.

Ese mago tan querido por todos alcanzó una edad considerable, y al morir le dejó todas sus per-



tenencias a su único hijo. Éste no tenía el mismo carácter que su magnánimo progenitor. En su opinión, quienes no podían emplear la magia eran seres despreciables, y muchas veces había discutido con su padre por la costumbre de éste de proporcionar ayuda mágica a sus vecinos.

Tras la muerte del padre, el hijo encontró un paquetito con su nombre escondido en el viejo cazo. Lo abrió con la esperanza de encontrar oro, pero lo que encontró fue una blanda zapatilla de suela gruesa, demasiado pequeña para él. Dentro de esa única zapatilla había un trozo de pergamino con este mensaje: «Con la sincera esperanza, hijo mío, de que nunca la necesites.»

El hijo maldijo la debilitada mente de su anciano padre. Luego metió la zapatilla en el caldero y decidió que, a partir de ese momento, lo utilizaría como cubo de basura.

Esa misma noche, una campesina llamó a la puerta.

—A mi nieta le han salido unas verrugas, señor —dijo la mujer—. Su padre preparaba una cataplasma especial en ese viejo cazo...





—¡Largo de aquí! —gritó él—. ¡Me importan un rábano las verrugas de tu nieta!

Y le cerró la puerta en las narices.

Al instante se oyeron unos fuertes ruidos metálicos provenientes de la cocina. El mago encendió su varita mágica, se dirigió hacia allí, abrió la puerta y se llevó una gran sorpresa: al viejo cazo de su padre le había salido un solo pie de latón, y daba saltos en medio de la habitación produciendo un ruido espantoso al chocar con las losas del suelo. El mago se le acercó atónito, pero retrocedió precipitadamente al ver que la superficie del cazo se había cubierto de verrugas.

—¡Repugnante cacharro! —gritó, e intentó lanzarle un hechizo desvanecedor; luego trató de limpiarlo mediante magia y, por último, obligarlo a salir de la casa.

Sin embargo, ninguno de sus hechizos funcionó y el mago no pudo impedir que el cazo saliera de la cocina dando saltos tras él, ni que lo siguiera hasta su dormitorio, golpeteando y cencerreando por la escalera de madera.

No consiguió dormir en toda la noche por culpa del ruido que hacía el viejo y verrugoso cazo,





que permaneció junto a su cama. A la mañana siguiente, el cazo se empeñó en saltar tras él hasta la mesa del desayuno. ¡*Cataplum, cataplum, cataplum!* No paraba de brincar con su pie de latón, y el mago ni siquiera había empezado a comerse las gachas de avena cuando volvieron a llamar a la puerta.

En el umbral había un anciano.

—Se trata de mi vieja burra, señor —explicó—. Se ha perdido, o me la han robado, y como sin ella no puedo llevar mis mercancías al mercado, esta noche mi familia pasará hambre.

—¡Pues yo tengo hambre ahora! —bramó el mago, y le cerró la puerta en las narices.

¡*Cataplum, cataplum, cataplum!* El cazo seguía dando saltos con su único pie de latón, pero a los ruidos metálicos se añadieron rebuznos de burro y gemidos humanos de hambre que salían de sus profundidades.

—¡Silencio! ¡Silencio! —chillaba el mago, pero ni con todos sus poderes mágicos consiguió hacer callar al verrugoso cazo, que se pasó todo el día brincando tras él, rebuznando, gimiendo y cencerrean-





do, fuera a donde fuese e hiciera lo que hiciese su dueño.

Esa noche llamaron a la puerta por tercera vez. Era una joven que sollozaba como si fuera a partirse el corazón.

—Mi hijo está gravemente enfermo —declaró—. ¿Podría usted ayudarnos? Su padre me dijo que viniera si tenía algún problema...

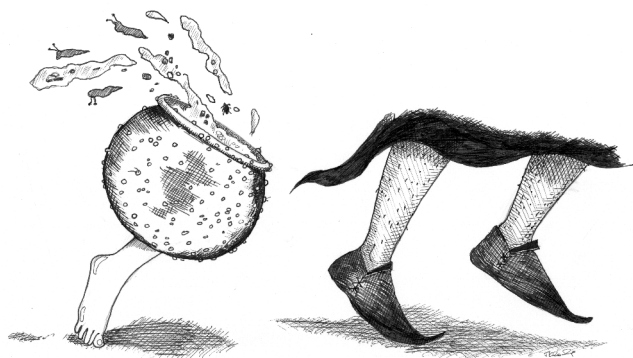
Pero el mago le cerró la puerta en las narices.

Entonces el cazo torturador se llenó hasta el borde de agua salada, y empezó a derramar lágrimas por toda la casa mientras saltaba, rebuznaba, gemía y le salían más verrugas.

Aunque el resto de la semana ningún otro vecino fue a pedir ayuda a la casa del mago, el cazo lo mantuvo informado de las numerosas dolencias de los aldeanos.

Pasados unos días, ya no sólo rebuznaba, gemía, lagrimeaba, saltaba y le salían verrugas, sino que también se atragantaba y tenía arcadas, lloraba como un bebé, aullaba como un perro y vomitaba queso enmohecido, leche agria y una plaga de babosas hambrientas.





El mago no podía dormir ni comer con el cazo a su lado, pero éste se negaba a separarse, y él no podía hacerlo callar ni obligarlo a estarse quieto.

Llegó un momento en que el mago ya no pudo soportarlo más.

—¡Traedme todos vuestros problemas, todas vuestras tribulaciones y todos vuestros males! —gritó, y salió corriendo de la casa en plena noche, con el cazo saltando tras él por el camino que conducía al pueblo—. ¡Venid! ¡Dejad que os cure, os alivie y os consuele! ¡Tengo el cazo de mi padre y solucionaré todos vuestros problemas!





Y así, perseguido por el repugnante cazo, recorrió la calle principal de punta a punta, lanzando hechizos en todas direcciones.

En una casa, las verrugas de la niña desaparecieron mientras ella dormía; la burra, que se había perdido en un lejano brezal, apareció mediante un encantamiento convocador y se posó suavemente en su establo; el bebé enfermo se empapó de dictamo y despertó curado y con buen color. El mago hizo cuanto pudo en cada una de las casas donde alguien padecía alguna dolencia o aflicción; y poco a poco, el cazo, que no se había separado de él ni un solo momento, dejó de gemir y tener arcadas y, limpio y reluciente, se quedó quieto por fin.

—Y ahora qué, Cazo —preguntó el mago, tembloroso, cuando empezaba a despuntar el sol.

El cazo escupió la zapatilla que el mago le había metido dentro y dejó que se la pusiera en el pie de latón. Luego se encaminaron hacia la casa del mago, y el cazo ya no hacía ruido al andar. Pero, a partir de ese día, el mago ayudó a los vecinos como había hecho su padre, por temor a que





el cazo se quitara la zapatilla y empezase a saltar otra vez.

